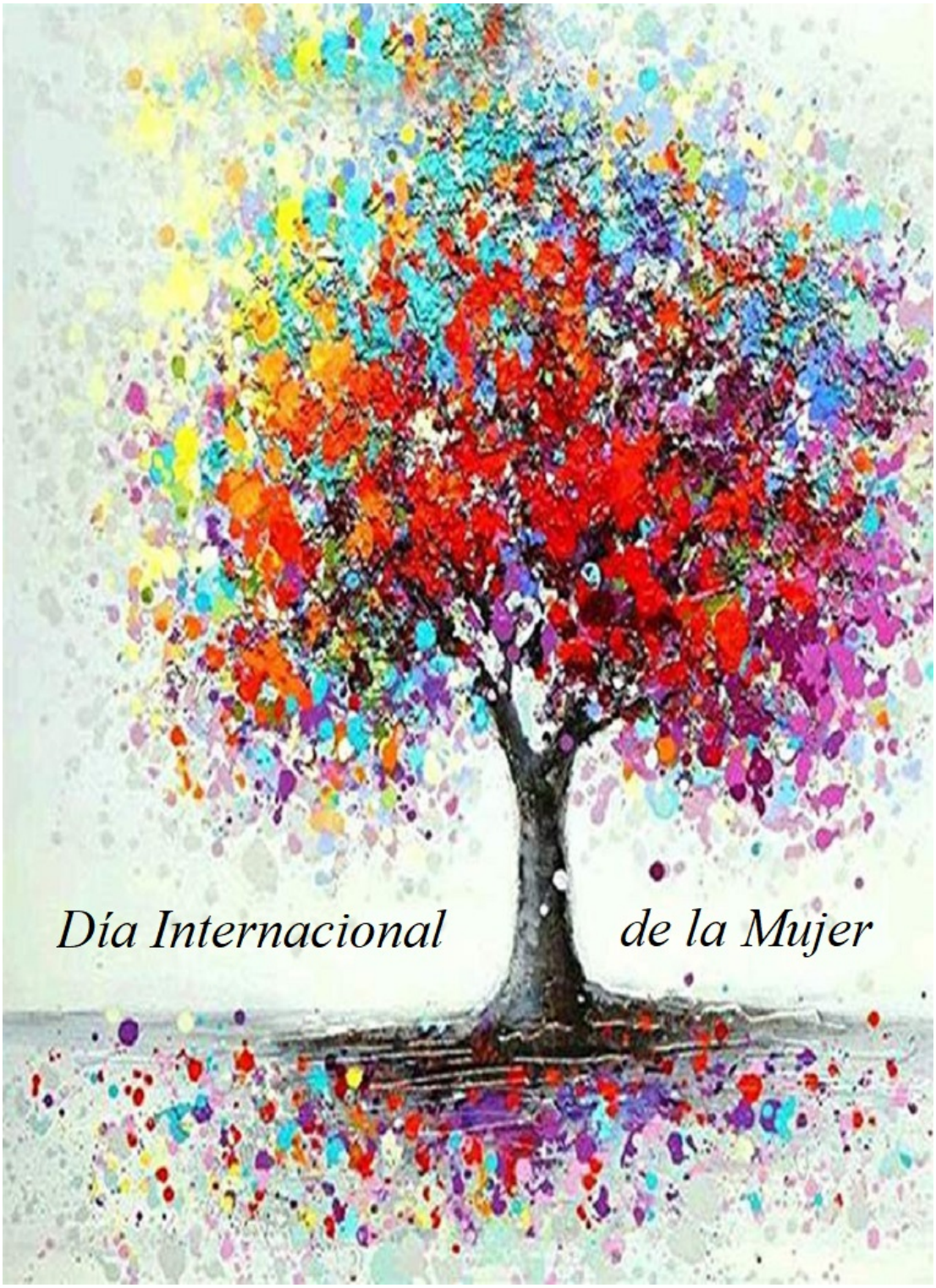
Día Internacional de la Mujer

Luisina Giorgetti



Capítulo 1

El Día Internacional de la Mujer tiene sus orígenes en el movimiento obrero de mediados del siglo XIX; época en la que, en medio de las complicaciones del mundo industrializado, la mujer comenzó a hacerse oír. Desde Elizabeth Cady Stanton y Lucretia Matt en 1848 con la primera convención nacional por los derechos de las mujeres en Estados Unidos, pasando por la marcha de mujeres de 1905 en Nueva York; Clara Zetkin en la conferencia internacional de la mujer trabajadora de 1910, Dinamarca; las ciudadanas rusas de 1917 que, con apoyo de trabajadores metalúrgicos, salieron a las calles logrando la abdicación del zar Nicolas II tras varios días de protesta; hasta 1975, año en el que la ONU establece el Día Internacional de la Mujer, el 8 de marzo. Mujeres que, pese a la opresión de sus épocas, fueron plantando la semilla de la rebelión con la esperanza de que germinara para convertirse en un robusto y majestuoso árbol.

Sin embargo, ese árbol, aunque crecido desde su nacimiento, todavía tiene muchas décadas por crecer y desarrollarse con plenitud; todo dependiendo del riego. El movimiento feminista se ha encargado a mucha honra de ponerse la armadura, afilar las espadas, y salir galopando al campo de batalla para enfrentar a todo aquello que amenazara con destruirlo y, lograr así, la muerte de la tirana desigualdad. Batalla que siguen luchando de manera firme y voraz en el presente.

La primera pregunta que ahora surge es: ¿Se puede tener igualdad cuando el mismo sistema de creencias que maltrató a las mujeres obliga a los hombres a tener una personalidad fuerte, dominante y autosuficiente, causándoles matices en su salud mental como el estrés o la vergüenza ante la perspectiva de no cumplir las expectativas? ¿Cuando definen la sexualidad de uno por realizar actividades que se consideran “de mujer”? ¿Cuando un amigo llama “puto” al otro en tono jocoso como si de un insulto se tratase porque esas inclinaciones no son “de macho”? ¿Cuándo una víctima de violencia, psicológica y física, se queda en silencio ante la posible incredulidad o carcajada de los demás, como si las mujeres no pudieran ser dañinas, extorsivas, manipuladoras y violentas, o ellos fueran inferiores al no responder a la agresión con más violencia? ¿Cuándo se defienden justificadamente los derechos de la mayoría, pero casi no se habla de las minorías?

Ha de establecerse un contrato claro en el que se asienten los términos y condiciones de una convivencia óptima; términos y condiciones que, a diferencia con los de las aplicaciones, se deben leer, analizar y aceptar a conciencia. Un contrato en el que ambas partes se den cuenta de las violaciones a alguno de los apartados sin tener que estudiarlas o debatirlas, en pos de poner atención a los otros asuntos actuales

apremiantes.

La segunda pregunta que recae ahora sobre la mesa es: ¿Cómo puede lograrse un avance aún mayor, un cambio de paradigma, cuando se muestra apoyo al movimiento pero los pensamientos retrógrados instintivos sobreviven el día a día? A menudo se ven transmisiones en vivo de marchas multitudinarias, posteos en redes sociales sobre el repudio a la inequidad, conversaciones en las que se expresan las santas opiniones, para luego escuchar de la boca de esas mismas personas frases como "no llores, no seas maricón", "mi marido arregla las cosas de la casa, es trabajo de hombres", "casi choca el auto, tenía que ser mujer", "eso le pasa por vestirse de esa forma", "el rosa es de nena" …

Grupos que se jactan de ser feministas cuando un requisito para ser miembro es ser mujer. ¿Cómo es posible alcanzar la igualdad si continuamos aislando los dos grupos, de la misma forma que se viene haciendo desde el inicio de la historia?

El principio básico y fundamental por el que se debe guiar la sociedad mundial, la cláusula resaltada del contrato, debe ser el hecho de que ambas partes son miembros de una misma especie que funciona al igual que una unidad integrada, no excluyente. Violencia y paz, inteligencia y estupidez, egoísmo y humildad, fortaleza y debilidad; son características que deambulan perezosas por las calles y los hogares en busca de anfitriones que los alojen, pasando de largo los órganos genitales para llegar a la posada de La Moral, ubicada en el cerebro. Del mismo modo que los hobbies, las preferencias, y los disgustos; sus primos lejanos.

Hombre y mujer son subcategorías de una mucho más primordial: Seres Humanos. Todos y cada uno de sus miembros tienen la obligación de gozar los dos bienes más preciados de la existencia: libertad y respeto. Libertad para vestir, pensar, decir y dedicarse a lo que quieran. Respeto para no ser juzgados ni insultados, con trato justo, cordial, y en igualdad de condiciones.